

nocida con el nombre de Santa María la Mayor, por ser el mas espacioso templo de los dedicados al dulce nombre de la Madre de Cristo en la Ciudad Eterna. Y naturalmente allí, en la Noche Buena, ante el sacratísimo altar consagrado al Santo Pesebre, decia el Papa esa misa llamada entre nosotros del gallo, que recuerda la aurora de la vida, el amor maternal, los afectos mas puros del alma y las cosas mas santas del hogar. Oíanse los cánticos de regocijo con el repique de las campanas acompañados, y que semejaban al hosanna dicho por las jerarquías celestes, cuando se inclinaban para ver el portal de Belen, donde nacia, por los animales de los establos abrigado contra los elementos, el Redentor de los hombres. Y en tan piadosa ceremonia suenan voces de rebelion, vibran armas de muerte, surgen conjurados de todas partes, y sucede uno de los mayores desacatos que guarda esta historia de los siglos medios tan oscurecida por las supersticiones y tan manchada por las guerras. Vuélvese el Papa al ruido, y la aleve mano de Cencio lo derriba en tierra, le arrastra de los cabellos, le arroja sobre cabalgadura ya aparejada y apercebida, lo lleva entre las tinieblas á su propio palacio, y lo encierra en uno de sus feudales calabozos, donde le escupieron y le maltrataron desde las mujeres hasta los siervos, poniendo á prueba aquel desmedido orgullo completado por santa y verdadera paciencia. Fué necesario que la ciudad se conmoviese como si á ella misma le infirieran el agravio; que las torres tocaran á rebato como si reaparecieran los asaltos de los bárbaros ó los incendios de Neron; que el pueblo empuñase las armas como para defender sus hogares amenazados; que las huestes pontificias coronasen todas las alturas y arremetiesen contra todos los anti-gregorianos; que el clero cubriese de luto los altares y amenazase á Cencio con la pena de muerte en este mundo y la excomunion mayor en el otro; para que el soberbio patricio soltara al Papa y le pidiera un perdon, que no le fué concedido, sino despues de imponerle como penitencia la peregrinacion á los Santos Lugares de Jerusalem. Tal tumulto, movido por los arrebatos de un patricio, pero maquinado en el pensamiento de un Arzobispo, demuestra hasta qué punto dentro de la Iglesia repugnaban las reformas de Gregorio VII, y la constancia rayana en tenacidad con que las proseguia, para arrancar del suelo á la Iglesia y ponerla, como señora universal de los humanos, luciendo y gobernando, allá en las alturas del Empíreo.

Si á tales atrevimientos era osado el clero de Italia, imaginaos á lo que seria osado el clero de Francia y de Alemania. Los clérigos de Paris abofetearon al legado del Papa en pleno sínodo. Los de Alemania llamábanle loco furioso, denominacion que corria de pastoral en pastoral y de sermon en sermon. Reunidos en Erfurth muchos obispos para optar entre sus mitras y sus mujeres, tornáronse contra el Papa y le dijeron que si queria ángeles para clérigos los pidiese al cielo, pues los hombres suelen abandonar padre, madre y hogar por sus carísimas esposas. Hasta los pueblos se levantaban en armas con esa facilidad que suelen tener de sustentar todas las causas y sentir todas las pasiones. Un prelado de Bremer trata al Pontífice de testarudo y le arguye de consultar solamente su propia voluntad y proceder con los príncipes de la Iglesia como con sus criados y feudatarios, lo cual encierra muchos y muy graves males. El obispo de Bamberg organiza una porfiada resistencia. El de Constanza concede á sus inferiores licencias de casamiento, conjurándoles á que se rian á todo reir de los decretos del Papa. Los desórdenes de la clerecía son tantos y tales que los laicos prescinden por completo de los clérigos y bautizan con las propias manos á sus hijos, creyéndolas mas idóneas para administrar los sacramentos que las manos consagradas y ungidas. Gregorio VII contrastaba todas estas maquinaciones con la inflexible entereza de su indómita voluntad y decia muchas veces para sí mismo, aplicándose las siguientes palabras de los profetas: «Hijo del hombre, te he puesto de guardador en la casa de Israel. Repetirás, pues, al pueblo de mi parte cuanto recojas de mis labios. Si digo al impío, «morirás,» y no se lo adviertes para que se preserve, morirá en pecado, y te pediré cuenta de su sangre.» Y á veces decia tambien: «¡Ay de aquel que teme ensangrentar su espada!» Y otras veces con el Apóstol: «Si tuviera complacencias con los hombres no podria contarme entre los siervos de Dios.» Pero muchas veces, sobre todo en el terrible invierno de 1075, viendo á los clérigos desconocer la autoridad que les procuraba y á los obispos tornarse contra sus propios intereses por no cumplir canónicos y necesarios mandamientos; atribulado por las rebeliones de innumerables gentes que coincidian con los desacatos de innumerables sínodos; en pugna con las supersticiones de los débiles y con las fuerzas de los poderosos; abrumado por el peso de su propia obra y herido por los filos de sus propias armas;

indecible dolor asaltó aquel corazón de tanto temple, dolor que le movía en sus angustias á pedir á Dios le llevara de este mundo para no ver la Iglesia en duelo, y los obispos fuera de las vías canónicas, y el orgullo de los poderosos de la tierra pegado á los siervos del Señor, y los intereses de un día sobrepuestos á la justicia eterna por los reyes, y la idolatría de la fuerza elevada á religion por los pueblos, y los romanos peores que los judíos, y los lombardos y normandos en pleno paganismo, y á sí mismo tan abandonado y solitario que su vida se compendia en eternal agonía y su esperanza toda entera en la seguridad de una próxima muerte.

Mas tantos obstáculos caerán vencidos por la mayor entre las grandes facultades de Hildebrando, por la voluntad, dotada de incontrastable empuje. Delegado del cielo, representante del alma, ungido de Dios, personificación de la Iglesia, cabeza de todas las jerarquías eclesiásticas, Vicario de Cristo, rey en Roma, encargado por la Providencia de trazar la ciudad celeste del ideal sobre la tierra ensangrentada del feudalismo, verá llegar á sus piés el confesor Pedro Damiano que le ofrecerá mover las conciencias con su palabra de fuego; la poderosa condesa Matilde, ceñida de casco y peto como antigua amazona, que pondrá á su disposición las milicias señoriales; la emperatriz Inés, que arrojará á sus plantas la púrpura cesárea para ceñirse en San Pedro enlutado el velo de las esposas del Señor; los abades y priores y generales de todas las órdenes que le llevarán la seguridad de suscitar una milicia espiritual como jamás se viera otra en la Iglesia para conquistar el motor de todas las acciones, el interior espíritu de la humanidad; el cardenal Hugo, representante de la antigua tradición, que se postrará de hinojos para adorarle y recibir de sus manos y llevar hasta los últimos límites de Occidente los cánones de sus reformas; y en el zenit de este poder moral, mas intenso en realidad cuanto mas débil é inerte en apariencia, subleva, como hemos visto, al pueblo romano contra sus patricios que aun soñaban con levantar las colosales instituciones antiguas para oscurecer á su sombra la tiara católica; opone el conde del Norte, Godofredo el Barbudo, á los rebeldes del Mediodía de Italia, moviendo las milicias feudales con sus voces como el viento mueve las olas oceánicas con sus ráfagas; ampara en Milan á Hermelando, que llega de Tierra Santa como peregrino y viste la cota de malla como soldado para co-

ger la bandera pontificia y ahogar toda rebelion; conmina al emperador de Alemania como el padre al hijo, y le amenaza como el rey al vasallo y le castiga como el señor al siervo; dirige órdenes desde Salerno hasta Dinamarca y desde Leon hasta Bohemia; recuerda á los magyares que por San Estéban posee su espléndida corona como á los polacos que el rey Boleslao le ha servido en pleito homenaje; penetra con su verbo tan difusivo como un rayo de luz en las tierras escandinavas donde todavía adoraban á los dioses odínicos y deja semillas allí de ideas católicas con comienzos é iniciaciones de disciplina eclesiástica; da unidad á Francia con su legion sagrada de Cluny y su arzobispo omnipotente de Reims y hace temblar á los Capetos; pide Castilla en sus victorias y reivindica Portugal en su cuna por medio de las princesas de Borgoña, educadas á su vista y poseidas de sus ideas; manda imperiosamente á los legados apostólicos que recuerden á Navarra y á Aragon sus antiguos títulos mas ó menos verídicos de feudos eclesiásticos; y para coronar esta magna obra, idea una cruzada universal que congregue los pueblos y los confunda con los reyes á fin de dirigirlos á todos á Jerusalem y extraer del sepulcro de Cristo lleno de milagros la unidad espiritual del mundo, y sobre esta unidad erigir el poder sublime de la teocracia, mediante el cual podrán parecerse en algo los Papas de la tierra al Dios de los cielos. J 16 M 1002

Con tales ideas y propósitos no es mucho que, despues de haber proscrito del seno de la Iglesia audazmente á los clérigos simoníacos y casados, pensara en reivindicar las investiduras eclesiásticas y en recoger exclusivamente para la Iglesia la designacion de los Príncipes de la Iglesia misma. Esto urgía tanto mas cuanto que el emperador entregaba en pública almoneda al mejor postor las dignidades eclesiásticas convertidas en objetos de lucro y en asuntos de comercio. Así el ingeniero Benno emprendía obras públicas y explotaba los bienes sagrados, manejando el compás y el báculo á un mismo tiempo, si bien mas absorto en lo profano que en lo religioso. Y un banquero, célebre por sus usuras, no sabiendo qué comprar ya con su oro, se compraba la dignidad de abad, entregando por ella unas mil libras de plata. Bien es verdad que un tal Carl, personaje oscuro, se quedara antes por dinero con la mitra de Constanza. El escándalo llegaba á tanto que el obispo de Maguncia se atrevia osado á dirigir explícita carta á Gregorio VII ofreciéndole un buen

regalo si le permitia apoderarse de ciertas propiedades sitas en Turingia. Un caballero denominado Udo asesinó al obispo de Tréveris, sobrino suyo, y se caló su mitra. Otro llamado Hanno tenia que atravesar, desnudos los piés, descubierta la cabeza, vestido de cilicio, las calles de Roma, confesando el pecado de simonía, y pidiendo perdon á la misericordia del Papa. Así es que Gregorio VII, deseoso de ocurrir á todos estos males, concibió y lanzó una declaracion diciendo que no contaria ni entre los abades ni entre los obispos á quien recibiera, ó bien abadía ó bien obispado, de cualquier laico, y que le negaria la gracia divina y la comunión hasta que dejara de grado la dignidad obtenida por la ambicion y la desobediencia, pecados tan mortales como la misma idolatría. Y despues de conminar así á los clérigos, lanzaba su anatema tambien sobre los laicos capaces de dar las investiduras, incurriendo por tanto en sus iras y provocando sus venganzas. No se puede medir justamente toda la trascendencia de este acuerdo, sino trasladándose con el pensamiento á tan apartados tiempos y comprendiendo con clara comprension cómo, al decretar el celibato eclesiástico, habia separado la Iglesia del mundo Gregorio VII, y al reivindicar para sí las investiduras, habia puesto su mano en los bienes eclesiásticos que constituian á la sazón la mayor riqueza de la tierra europea, de suerte que la teocracia romana poseia por virtud de semejante proceder todo el cielo y todo el mundo, sin dejar fuera de su poder ningun otro capaz de ejercitar autoridad alguna valedera y completa: que á tal grandeza llegó, movido por aquella voluntad enérgica, el Pontificado romano.

Imposible impedir el combate á muerte entre el Papa y el Emperador, ya que este queria por un sí apoderarse de la autoridad espiritual y aquel por otro sí de las potestades terrenales. Enrique IV y Gregorio VII representan el cuerpo y el alma de la Europa católica en abierta pugna. Aquel, para ofender á este, congregaba en torno suyo todos los obispos excomulgados y los distinguia con extraordinarias distinciones. Gregorio, á su vez, le mandaba un legado para reconvenirle y el legado era recibido con desprecio y escuchado con irreverencia y despedido con agravio. A tales insultos redoblábanse las amenazas de Gregorio y á tales amenazas los menosprecios y aun las burlas de Enrique. Por fin empeñóse el tremendo combate. El rey de los romanos,

como Enrique IV se llamaba, reunió una Dieta en Worms; y depuso al Papa de los romanos, como se decia Gregorio VII. Un monje llamado Roberto se encargó de llevar esta resolucion á Roma y de inferir personalmente y cara á cara el agravio de su deposicion. Llegó cuando se verificaba un sínodo convocado por el Papa en la iglesia de Letran y llamó al jefe de la Iglesia, no pastor de almas, sino carnicero lobo. Al oír tal injuria, los obispos se levantaron de sus respectivas sedes indignados y los guardias de los palacios apostólicos sacaron sus armas para inmolar al irreverente, que hubiera muerto allí, de no interponerse el Papa en persona con presteza entre las espadas de sus amigos y el pecho de su ofensor. La excomunion mayor fué, á consecuencia de esto, lanzada sobre Enrique y el deber de la obediencia levantado á sus vasallos. La Emperatriz Inés, madre del excomulgado, asistia en persona á la asamblea, y no trató de oponer resistencia; antes comunicó de su puño y letra la triste noticia á su Alemania sin lanzar ni una sola queja. No hay duda: toda grande autoridad política se funda sobre una grande autoridad moral; y toda grande autoridad moral se arraiga en el espíritu de su tiempo y en los sentimientos y en las creencias de las generaciones á quienes quiere dirigir. Si Gregorio VII no encontrara pueblos obedientes á su voluntad y conciencias abiertas á su idea, fuera inútil su empeño y perdiérase como fuego fatuo su rayo fulminante. Pero la excomunion mordía en el pecho de los pueblos y los alzaba en contra del rey excomulgado. Sabida la sentencia, negábanse los pueblos á la sumision, erigíanse los señores en reyes y los reyes en Césares desligados de la suprema autoridad imperial, resistian los Obispos á reconocer la tutela eclesiástica, marchaban los soldados en indisciplina, desoian las gentes todas la autoridad del supremo imperante, huían de su contacto los temerosos de la condenacion eterna, cerrábanle al pasar las puertas de los monasterios y las entradas de las chozas, pareciendo en esta sublevacion moral y religiosa el triste anatematizado como un perro hidrófobo que infundia la rabia con su baba ó como un monstruo mitológico que heria á los humanos con su presencia y con su vista. Así, cuando Gregorio VII despues de lanzar su excomunion indicó claramente que iba resuelto á personarse en Alemania, Enrique IV, temeroso de que le arrebataste el Imperio, decidió ir él á su vez y presentarse personalmente en Italia para demandar su misericordia y su absolucion al Papa. ¡Extraño contraste!